

**La medicina aborigen y Eugenio Espejo**  
**Plutarco Naranjo**  
**Universidad Andina Simón Bolívar, Quito.**

Toda cultura primitiva, como parte de ella, ha tenido su propia medicina<sup>1</sup> que ha abarcado dos modalidades principales: de acuerdo a su cosmovisión, la llamada medicina **shamánica** que, en cierta forma, y de acuerdo a su ambiente ecológico es una psiquiatría primitiva, la **herbolaria**<sup>2</sup>, es decir, la utilización de plantas medicinales., algunas de las cuales, como la quina o cascarilla (*Cinchona, sps*), originaria de Loja (Ecuador); la digital (*Digitalis purpurea*), la adormidera (*Papaver somniferum*) productora de opio y el alcaloide morfina, la belladonna (*Atropa belladonna*) fuente del alcaloide atropina, han contribuido grandemente a la terapéutica y al bienestar humano.

Por múltiples razones la cirugía se desarrolló mucho más tarde e inicialmente no fue función de médicos sino de barberos, sangradores y otros empíricos.

Por muchos siglos el bisturi ha sido el símbolo de la cirugía. Los aborigenes ecuatorianos y en general, del Nuevo Mundo, no llegaron a la época del bisturi, ni siquiera a la época del hierro, aunque fueron muy hábiles orfebres. Dispusieron solo de agujas de huesos de pescado y otros animales y espinas de cactus y cabuya (*Agave*), con los cuales perforaban orejas, tabiques nasales y otros órganos con propósitos estéticos para embellecer a los humanos y no precisamente del sexo femenino excepto si era mujer de un personaje, sino para los grandes señores o caciques, con zarcillos, orejeras, narigueras.

El vidrio volcánico u obsidiana fue descubierto al este de Quito hace más de 11.000 años pero fue utilizado para producir utensilios domésticos. Mucho más tarde se elaboraron cuchillos que sirvieron también para una elemental práctica quirúrgica, como abrir abscesos. En la cultura inca que se inició en el Perú y se extendió hasta el norte de Chile y Argentina y hasta Ecuador, se inventó *el tumi* (de cobre) que entre otros usos sirvió para la trepanación de cráneos.

La herbolaria, en cambio, realizó grandes contribuciones a Europa y al mundo. Basta mencionar una planta ecuatoriana la **quina o cascarilla**,<sup>3</sup> que salvó millones de vidas de pacientes maláricos. Otros recursos terapéuticos fueron los bálsamos como el del Perú que, en la Europa del siglo XVI, reemplazó al bizarro procedimiento de aplicar un hierro incandescente a las heridas, para evitar la gangrena. El bálsamo servía para evitar la infección y facilitar la cicatrización.

Los bálsamos ya fueron utilizados desde la época de Hipócrates pero a raíz del cierre de las vías comerciales de la India e Italia (Venecia y Génova) no pudieron seguir en la terapéutica

europea. Esta fue precisamente una importante razón por la que Portugal trató de abrir una nueva vía rodeando al África y Colón, bajo la firme idea, de llegar a la India navegando desde Europa hacia el occidente.

### **La medicina y Eugenio Espejo.**

Con el descubrimiento de América se precipitaron a un continente virgen inmunológicamente, los virus y bacterias causantes de mortíferas epidemias en Europa.

En las islas del Caribe, en los primeros años de la conquista, la mortalidad llegó al 80 y 90 %, por influenza, viruela y sarampión. Esto obligó a los españoles, portugueses e ingleses a importar negros del África, para el cultivo de caña de azúcar y la obtención del azúcar, que tenía un altísimo precio en Europa. Luego siguió el cultivo del banano, y más tarde el del tabaco, propio de América y otros productos.

Esta ciudad de Quito, había sobrevivido a sucesivas epidemias, que cada vez diezmaban entre el 10 y 20 % de la población. En 1783 comenzó una nueva epidemia de viruelas.

El rey de España envió a las colonias un pequeño texto preparado por el médico de la corte Francisco Gil, sobre la manera de combatir la epidemia. El cabildo de la ciudad encargó al más famoso médico de Quito, Eugenio Espejo<sup>47</sup>, estudiar el documento real con el objeto de poner en práctica sus sugerencias. En pocos días, en 1785, Espejo escribió un libro que, en título abreviado es: "Reflexiones sobre la viruela" y que constituye un verdadero y revolucionario tratado de medicina, de epidemiología y de sociología.

Según el criterio dominante en la Europa, de esa época, las epidemias eran castigos divinos por los pecados de los hombres. Aquí el cabildo erogaba una suma de dinero a fin de que los delegados del mismo fueran a Guápulo y trajeran la milagrosa efigie de la virgen de Guadalupe, para la realización de procesiones y rogativas pidiendo a la virgen interceder ante Dios, para que cesara el terrible castigo.

En Inglaterra, el famoso médico Thomas Sydenham, llamado el Hipócrates inglés, bajo el espíritu positivista que se difundía por Europa, no rechazó por entero la etiología divina, pero sostuvo la teoría de que el aire era la causa de las epidemias.

Eugenio Espejo que ya tenía su propia teoría, en el libro de las viruelas, sostiene que las verdaderas causas de las epidemias son los distintos "atomillos vivientes", o "corpúsculos

vivientes" que pululan en el ambiente y que el aire es solo un medio de transporte y difusión de los "atomillos".

Su experiencia clínica, su atenta observación de cómo evolucionaba la enfermedad le llevó a desechar la teoría causal del viento y pensar que era producida por agentes biológicos. Dice además: "Sea lo que fuese los "corpúsculos" tenues, pero pestilentes de la viruela, según nuestra experiencia, nos está diciendo que éstos nos vinieron de España y de otras regiones de Europa". Hay que recordar la dura lucha que libró Pasteur, casi un siglo más tarde, para demostrar y convencer a médicos y no médicos que las fermentaciones y enfermedades contagiosas y febriles se debían a ciertos microbios que en ese tiempo ya eran conocidos.

Su espíritu observador le llevó también a descubrir que los pacientes que sobrevivían de las viruelas quedaban exentos de volver a contagiarse, es decir, descubrió el fenómeno de la inmunidad adquirida.

El amplio conocimiento que tenía del medio ecológico, del ambiente social y económico de lo que hoy llamamos la prevalencia de las enfermedades, le permitió correlacionar las epidemias de viruelas con el clima, las condiciones de vida, la alimentación y otros factores.

Bajo el criterio de contagio recomendó a las autoridades el aislamiento de los enfermos y la construcción de una casa fuera de la ciudad, que se llamaría la "Casa de la Salud Pública". Así mismo recomendó no enterrar a los muertos en las iglesias.

Critica duramente las pésimas condiciones higiénicas y sanitarias de la ciudad, incluidos los conventos religiosos; pide que se prohíba arrojar las aguas servidas a las calles y que se establezca un sistema de eliminación de esas aguas.

Refiere que las primeras víctimas de la epidemia son las gentes pobres y mal alimentadas. Dice: "La observación demuestra que el hambre trae tras de sí la calamidad de la peste y que ésta empieza ordinariamente entre las gentes de ínfima plebe, porque su alimento es siempre de los peores".

Menciona el insuficiente aporte alimenticio, el sueldo casi simbólico de los indios que trabajan en las haciendas y la desmedida ambición de los hacendados que encarecen los precios de los alimentos básicos<sup>8</sup>.

Por fin comenta sobre los malos médicos de quienes dice: "No hay peste tan devorante que se parezca ni contagio más venenoso que se pudiera comparar" y correlativamente habla de la pésima formación médica, de la necesidad urgente de reformar la enseñanza.

Tan importante fue considerada la obra de Espejo que el académico Dr. Gil, la incorporó como parte de su propio texto de medicina.

## Resumen

Las culturas aborigenes de América no llegaron a la “época del hierro”, no inventaron el bisturí y solo usaron procedimientos elementales de cirugía, como la perforación de orejas, tabique nasal y otros órganos, con propósitos estéticos para el uso de adornos y joyas. En cambio, descubrieron el efecto terapéutico de bálsamos que tanto sirvieron en Europa y que utilizaron como antisépticos y para estimular la cicatrización de heridas o úlceras. Así mismo descubrieron plantas medicinales como la quina, que salvaron millones de vidas en España y el resto del mundo.

La Real Audiencia de Quito, en el siglo XVIII, fue la cuna de uno de los médicos más eruditos de las colonias españolas, Eugenio Espejo quien en oposición de la idea dominante de que las epidemias se producían como castigo divino y la hipótesis de Sydenham, llamado el Hipócrates inglés, de que las epidemias eran causadas por el aire, postuló el principio biológico de causalidad de las epidemias atribuyéndolas a “corpúsculos vivientes”; adelantándose casi un siglo a Pasteur.

Sostuvo que las diferentes enfermedades contagiosas, se debían a la variedad de “corpúsculos vivientes”, que los que sobrevivían quedaban inmunes a la enfermedad; es decir, avizoró los fenómenos de inmunidad. Sugirió a las autoridades construir fuera de la ciudad, unas casa (Casa de la Salud) donde aislar a los pacientes.

Formuló conceptos fundamentales sobre epidemiología, higiene y sanidad.

### Referencias Bibliográficas

- 1.-NARANJO, P. : Medicina indígena y popular en América Latina y medicina contemporánea. Quito, Rev. Ecuat. Med., 15: 275-293, 1978.
- 2.-NARANJO, P.: Contribuciones aborigenes a la medicina. Quito, Rev. Ecuat. Med. y Cienc. Biol. Vol. 8 (1-2), 9-24, 1970.
- 3.-NARANJO , P. : Pedro Leiva y el secreto de la quina. Quito, Rev. Ecuat. Med. 15: 393-402, 1979.
- 4.-ESPEJO, E.: Reflexiones Acerca de las viruelas. En “Escritos de Espejo” Tomo II, Quito, Impa. Municipal, 1912.
- 5.-ASTUTO, PH.: Eugenio Espejo, reformador ecuatoriano de la ilustración, Quito (1747-1795), México, Fondo de Cultura Económica, 1969.
- 6.-GARCES, E.: El doctor Eugenio Espejo, médico y duende, Quito, Letras del Ecuador, VI, N. 75-76, 1952.
- 7.-NARANJO, P.: Espejo, médico y sabio. En “Ciencia, magia y poesía”, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana (48-61). 1971.
- 8.-NARANJO, P. : El pensamiento social de Espejo, En: Visión Actual de Eugenio Espejo, Quito, Fundación Friedrich Naumann, 1988.